

CARLOS SANDER

## GREGORIO MARAÑÓN Y TOLEDO

---

EL DOMINGO 27 de marzo de 1960, se extinguió la vida de uno de los hombres más relevantes de España.

Don Gregorio Marañón, a los 73 años, era lo que se denomina por las gentes pensantes "el genio universal". Pocos hombres tuvieron en la vida intelectual y científica, más facetas de interés y que él cultivó con sapiencia y brillantez.

Era uno de los médicos más célebre de la Península y un escritor que ya estaba en su pedestal de "ingenio", muy cerca del lugar que ocupan en la cultura ibera los hombres del 98, que son los padres indiscutibles de la literatura de hoy. Generadores de escuelas e ismos. Magos del idioma castellano que enriquecieron en forma permanente y profunda.

Hubo un tiempo en que el vulgo decía que Madrid era conocida por la Fuente "La Cibeles" y... por el doctor Marañón.

Sus obras fueron traducidas a distintas lenguas y se podían contar en muchas decenas. Con erudición grande escribía sobre temas literarios, científicos, filosóficos, artísticos.

Era miembro de las Cinco Academias de España: Lengua, Historia, Bellas Artes, Ciencias y Medicina. Académico de muchas Academias de Europa y América. En 1956 fue a Francia a tomar posesión de su sillón de miembro de la Academia Francesa de Ciencias Morales y Políticas.

Desde su fallecimiento se ha hablado mucho del doctor Gregorio Marañón. Del biólogo, el moralista, el pensador, el historiador, el prosista, el humanista quintaesenciado.

Deseamos situar mejor al doctor Gregorio Marañón en su

territorio bienamado, donde él fue feliz largamente y hasta donde su fantasma volverá, para seguir llenando su alma de los efluvios de esa tierra bendita.

Sus mejores horas de soñador e investigador, las pasó Gregorio Marañón en Toledo. Tuvo la sabiduría de entender el alma de Toledo, la Ciudad Imperial, de mezclar su espíritu al pasado musulmánico y al presente cristiano, de adosar en sus calles y sus plazas, en sus cigarrales y sus noches, su soledad de hombre pensante que sólo en su entraña sabía encontrar la paz que hoy lo cubre.

Tenía allí el doctor Gregorio Marañón un típico cigarral, con su casona amplia y cómoda, desde donde podía contemplar el Tajo que serpenteaba en su viaje hacia Lusitania.

Con melancolía él recordaba el pasado brillante de los cigarrales, que poco a poco perdieron su lozanía. Por ello quiso él restaurar uno de los más hermosos y tener allí su retiro. Los cigarrales son los pequeños cortijos de Andalucía, los cármenes de Granada, los huertos de América. Jardines espléndidos, que miran hacia el monte que proporciona la caza, árboles de muchas clases, esteros que no alcanzan a ser ríos y donde el agua es de una pureza extraña, todo esto en el paisaje más apacible de Castilla y que han sido pintados de manera maestra por hombres como Medinilla, Lope de Vega, Tirso de Molina y otros.

Toledo siempre tuvo magia para los escritores y artistas. En su historia son muchos los nombres de ingenios que figuran. Hombres que viajaron a Toledo y que desearon vivir en él, por los embrujos que tenía y contenía y que más tarde escribieron páginas bellas sobre lo que vieron en la Ciudad Imperial.

Bástenos citar a: Yehuda el Levi, don Juan Manuel, Fernando de Rojas, Roberto de Retines, Miguel Escoto, Hernán el Dálmata, Garcilaso de la Vega, Santa Teresa de Jesús, el Padre Mariana, Cervantes, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Rojas, Zorrilla, Góngora, Quevedo, Tiépolo, Alejandro de Humboldt, Pérez Galdós, la Pardo Bazán, Blasco Ibáñez, Borrow, Amicis, Merimeé, Dumas, Irving, Azorín, Bécquer, Baroja, Barrés, Ortega y Gasset, Gómez de la Serna, Victorio Macho, y muchas decenas de artistas que llegaron a Toledo como bus-

cando una recóndita inspiración y fueron besados por ésta en una noche cualquiera en que vagaban por las callejas escondidas o mientras contemplaban una Virgen pálida en una de las muchas Iglesias milenarias.

En muchas oportunidades llegamos a Toledo en demanda de la palabra sencilla y sabia del doctor Marañón. Ir a su encuentro era ingresar a su alma prodigiosa a través de una ciudad ensoñada.

Hacíamos el mismo recorrido o parecido que había que realizar para charlar con el escultor Victorio Macho, en su retiro roquero de Roca Tarpeya I, donde el artífice palentino vive con su esposa limeña y junto a su Museo, el de las obras grandiosas y ciclópeas que hizo en América, París o Madrid.

Ruta que gusta reconstruir en la imaginación, como el que paladea un recuerdo sentimental vívido, que nos torna jóvenes e ilusionados.

Trasponíamos la Puerta del Cambrón. Toledo está lleno de viejas Puertas antiquísimas: del Sol, Nueva de Bisagra, Antigua de Bisagra, de Alcántara.

Siempre llegábamos a la Plaza de Zocodover, eje de Toledo. Desde ahí se parte. Hasta ahí se llega. Es el corazón de la ciudad antigua. En el día las gentes deambulan lentamente, los vendedores se estacionan con sus mercancías y las numerosas tiendas de forja de acero toledano, muestran sus artísticas joyas: espadas, alfanjes, panoplias, prendedores, gemelos, y toda suerte de cosas relucientes que son los "souvenir", que los cientos de turistas que pasan por la ciudad adquieren para llevarse a su patria como recuerdo de Toledo.

Desde la Plaza de Zocodover partíamos hacia la casa del doctor Gregorio Marañón. Fueron días en que nos azotaban el viento helado y serrano o el calor agobiante, ese calor que enerva y ahoga el día de Corpus Christi, cuando sale de la Catedral la inmensa y larga procesión, llevando a la Virgen del Sagrao la patrona de Toledo y a Cristo, el Crucificado, seguidos de las Cofradías de encapuchados, las Ordenes Caballerescas y el pueblo devoto que sigue piadosamente la procesión, que año a año se celebra en el día de Corpus Christi y que ellos conocieron de pequeños y vivirán emocionados hasta la ancianidad.

En nuestra ruta hasta el Cigarral del doctor Marañón, cruzábamos las callejas angostas, que son el poema en piedra de Toledo. Caminábamos frente a los edificios de fachadas plateadas, árabes, mozárabes, góticas. Casonas grandes con portales enfierrados y patios enlozados.

Y de improviso llegábamos a la hermosa Casa de El Greco, la vieja casa de Samuel Levi, el Tesorero de Pedro I el Cruel, el Rey asesinado por Enrique II de Trastámara, que duerme —inquietamente—, en la Capilla de los Reyes Nuevos de la vieja Catedral de Toledo.

Y muy cerca, nos esperaba el milagro del arte: la Iglesia de Santo Tomé, donde está el famoso fresco “El Entierro del Conde de Orgaz”, la obra maestra del pintor candíota, que supo tener en Toledo a su patria definitiva.

El Vicepresidente de la Corporación de Ventas del Salitre y Yodo don Jorge Vidal de la Fuente, ese gran señor del arte, ya que lo ama por encima de todo y cuyo espíritu es de los más cultivados de esta hora, periodista en su muchachez, forjado en el trabajo de la Pampa de Tamarugal, nos relataba una tarde, en su casa de Santiago de Chile, la profunda emoción que tuvo al ver de nuevo “El Entierro del Conde Orgaz”. Decía “de nuevo”, porque una tarde se lo había mostrado y explicado el doctor Gregorio Marañón.

“Era la hora del crepúsculo —nos explicaba— y tuve la honra de que uno de los mejores conocedores de la obra y la vida de El Greco, me explicara el fresco inmortal. La Iglesia estaba en penumbra, el silencio era profundo y largo; y el doctor Marañón hablaba y hablaba del cuadro, de sus personajes, de sus dos planos, el terrenal y el celestial. Yo creo que en ese momento solamente, logré apreciar lo que valía el fresco famoso. Nunca olvidé lo dicho por el erudito autor de “Elogio y Nostalgia de Toledo”; “Estudio sobre El Greco” y otros libros sobre Toledo y El Greco. A veces cierro los ojos y vuelvo a ver el cuadro y oigo la voz del doctor Marañón que me habla de él, con su voz pastosa, ibera, profunda y varonil”.

Después de saludar a El Greco, en su casa solariega que es hoy Museo permanente y en su cuadro famoso, seguíamos la ruta hacia el Cigarral marañoniano.

Pasábamos por calles repletas de historia y leyenda, la de los Alfileritos, la Plaza de Santo Domingo, donde pascó Gustavo Adolfo Bécquer y donde soñó sus Rimas y sus Leyendas. Y alguna vez penetramos al Convento de San Pedro El Mártir, que hoy es Asilo. Allí está la tumba del gran poeta Garcilaso de la Vega.

Garcilaso, que reposa cerca del Canciller Pedro López de Ayala y que parece desde su sueño musitar:

“Vosotros, los del Tajo en su ribera,  
lloraréis la mi muerte cada día;  
este descanso llevaré, aunque muera:  
que cada día lloraréis mi muerte  
vosotros, los del Tajo en su ribera”.

Y al fin la vega toledana, llena de leyendas sublimes y poéticas. Más allá están las montañas y los cigarrales, llenos de olivos, almendros, albaricoqueros.

Ahí está la Basílica de Santa Leocadia y el famoso Cristo de la Vega, que Zorrilla poetizó en patética leyenda. El Cristo tiene desclavada la diestra ya que —según la leyenda—, hubo de estirla para jurar y dejar por mentiroso a Diego Martínez que quería engañar a Inés de Vargas.

“¿Juráis ser cierto que un día  
a vuestras divinas plantas  
juró a Inés, Diego Martínez  
por su mujer desposarla?”

Asida al brazo desnudo  
una mano atarazada  
vino a posar en los autos  
la seca y hundida palma  
y allá a lo lejos. —¡Sí, juro!—  
clamó una voz más que humana”.

Gregorio Marañón siempre nos recibía con su castellana sencillez. Rodeado de su mujer, de sus hijos y nietos nos entregaba

su amistad y ciencia. Lo veíamos como lo vimos la primera vez en el Hospital Provincial de Madrid, donde dictaba su curso sobre las glándulas tiroides, con el anfiteatro lleno de médicos venidos de todas las partes del mundo, especialmente de América. Lo veíamos con su estatura regular, su morenez atemperada, su frente amplia, sus gestos serenos y hablando de todos los temas de la cultura y del humanismo.

Siempre había amigos en su casa. Hombres y mujeres de muchos lugares de España y del mundo. Casi siempre estaba allí su amigo el escultor Victorio Macho, quien, con su mano magistral lo inmortalizó en la piedra.

Vimos en muchas ocasiones a esa amiga suya y dama de incomparable belleza, la chilena señora Cecily Cooke de Whittig, espíritu selecto que tuvo amistad con los hombres más célebres de Europa y de quien nos habló con gran afecto una tarde el inconformista Pío Baroja, en su casa de la calle Ruiz de Alarcón, en Madrid.

Cecily Cooke de Whittig, era una amiga dilecta de don Gregorio Marañón, cuya efigie traía a nuestra memoria la de una francesa incomparable: Madame Recamier, la purísima amiga de los escritores y los artistas parisienses. Cecily durante muchos años fue eso para los hombres y mujeres pensantes de Francia y España, amiga incomparable, espíritu refinado, alma emotiva y soñadora.

No recordamos cuántas charlas y cuántos temas abordamos con nuestro generoso Ingenio ibero. Pero no podemos dejar de estampar lo que nos dijo sobre El Greco y sobre su arte. Las ideas que nos expuso en forma magistral, ya las había expresado en su discurso de incorporación a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, el 20 de mayo de 1956 y que tituló "El Toledo del Greco". Para ser fieles vamos a extraer algunas de estas ideas, de este discurso que contestó el Académico Francisco Javier Sánchez Cantón, ilustre investigador y crítico, ex Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.

Expresa en una parte, el doctor Gregorio Marañón: "Empieza a hacerse enfadosa la literatura sobre el misticismo del Greco. Pero es la realidad fundamental de su creación. El Greco soña-

ba despierto, desde joven como nos refiere Clovio, es decir tenía la tendencia abismal de los iluminados que fueron tantas veces precursores de los místicos, hasta el punto que a los graves inquisidores les era difícil diferenciarlos; y de alumbrados fueron inculpados los más altos representantes del misticismo español. Y por ser místico tenía la facultad eidética, esto es, de reproducir, en formas exactas, sus visiones y sus sueños; por ser místico se expresaba, hasta donde es posible hacerlo con la pintura, en un lenguaje inefable, a veces infantil, y desde luego antiacadémico; y por ser místico, en fin, se encontraba mal en Italia, inquieto y disidente de los más altos maestros de la pintura de entonces. Y he aquí que el azar, el destino, más o menos encubierto bajo los pretextos humanos, le condujo a España y de España a Toledo, donde su misticismo encontraría el ambiente propicio a la floración de su capacidad creadora.

“Estoy cierto que la atracción que ejerció Toledo sobre Theotocópuli fue el de hallazgo de la tierra presentida, la entrañable fruición de la nostalgia de lo que se ha soñado, nostalgia mucho más fuerte que la del bien perdido. Porque El Greco era un oriental, complejo con raíces helénicas y bizantinas; y por serlo, aunque no era israelita, tenía el mismo sentido bíblico de los israelitas; y en muchos aspectos de la vida externa y de la del espíritu sentía y actuaba como los cristianos nuevos que henchían la población toledana.

“El Greco encontró en Toledo, en el que convivían los cristianos viejos más rigurosos con la gran masa de conversos o cristianos nuevos, el ambiente adecuado a su espiritualidad: poetas que lo comprendían y alababan, en sonetos tan alambicados como su pintura; paisajes como los del lejano oriente; pesadas nubes como las que sirvieron de trono a los profetas, capaces de transportar la mole del Hospital de Afuera a media legua más allá; caballeros asténicos y un tanto enajenados y sobre todo gentes que, a diferencia del Rey y de sus cortesanos, eran capaces de rezar y de transportarse delante de sus lienzos religiosos, delante de sus Cristos, dormidos en la Cruz, sin una gota de sangre; delante de sus Vírgenes con las facciones idealizadas de la mujer ausente; y delante de los Santos sin anatomía, representados en una extraña pintura ascensional”.

El doctor Gregorio Marañón terminó su discurso en la Real Academia de San Fernando diciendo: "Y sin embargo, el gran secreto de El Greco es probablemente otro: su fracaso. Pintó lienzos maravillosos, pero no alcanzó a expresar el misterio de su fervor con la plenitud que soñaba. Sus cuadros, sobre todo los de su última época, son señales desesperadas para entenderse con Dios, señales frustradas, porque a Dios hay que hablarle con una voz inaudible, como la de los místicos, pero no con los pinceles en la mano, aun cuando sea un genio.

"Pero en este fracaso está el profundo secreto de su gloria, que es su sentido heroico. Porque los grandes héroes no son los que han vencido, sino los que han caído intentando soñadas hazañas, las hazañas quiméricas y sobrehumanas que no está en las fuerzas del hombre poder realizar".

Gregorio Marañón se identificó con El Greco profundamente. Muchos de los pensamientos que él expresó sobre el pintor candíota se pueden aplicar a su vida de artista, de escritor, de científico.

Se puede decir que Marañón encontró en Toledo la ciudad presentida. Ahí, en su cigarral, crecieron sus nostalgias por un mundo soñado. Gravitó la Ciudad Imperial sobre su espíritu, como había gravitado sobre el de otros hombres famosos.

Por las noches caminaba. Le gustaba oír los rumores del Tajo, oír el silencio, penetrar en el misterio de la ciudad dormida. Y contemplar la luna de fulgor pálido, recorrer las calles y las plazuelas, sentir sus pasos en el empedrado, ver las siluetas de las casonas. Avistar la mole de San Juan de los Reyes, de la Catedral, oír el tañido de una campana solitaria y a veces —lo recordaba con frecuencia—, ver acercarse la aurora y ver la salida de sus casas de los fieles madrugadores que van a oír la misa del alba.

El erudito en Toledo y El Greco, se sentía poeta en la Ciudad Imperial.

Recordaba el paso de otros escritores por Toledo. De Galdós, que escribió su "Ángel Guerra". Ahí el estudiante de Medicina caló en el alma de Toledo y en más de una tarde sintió la voz de Góngora que pintaba su ciudad bienamada:

“Esta montaña que precipitante  
ha tantos años que se viene abajo;  
este monte murado, ese turbante  
de labor africano, a quien el Tajo  
su blanca toca es listada de oro.”

En una oportunidad nos habló de todos los cuadros de El Greco, con un conocimiento singular. De los cuadros que están en Toledo, en Madrid, en el extranjero y en Illescas, el cercano pueblo donde Felipe II descansaba antes de llegar a Toledo. Adquiría la voz de Marañón, cuando hablaba de El Greco, una tonalidad fraternal. Como si hablara de un hermano mayor y a veces de un hijo predilecto. Los estudios que ha dejado son los más completos, junto con los hechos por el catedrático, crítico y escritor José Camón Aznar, gloria de la España de hoy.

Toledo prestó a Gregorio Marañón toda su fuerza de siglos. Sólo así se explica la portentosa labor desarrollada, los frutos generosos que hoy pueden recolectar las juventudes del mundo.

Para comprender esto, es preciso conocer Toledo. Calar en su alma de siglos, donde se mezclan las culturas y donde seguramente nació el Silencio y la Belleza.

Alguna vez hemos expresado que las ciudades, como las cosas, tienen alma y personalidad. Recordamos una ciudad de América, que tiene millones de habitantes y donde un día debimos pasar la noche. Salimos a sus calles que estaban ahitas de gentes. Y de improviso nos sentimos terriblemente solos. Como si fuéramos los únicos habitantes de ella.

Podemos decir de Toledo lo contrario. En su entraña nadie se siente solitario. Palpa la soledad, pero lo acompañan muchas voces, pensamientos, efigies perdidas. Se siente la bondad y la felicidad. Es como si de improviso la muerte, la guerra, el odio, la envidia se hubieran borrado.

El hombre se siente purificado y llega a pensar que allí está la ciudad presentida. Esa que encontró El Greco y Marañón.

Ahora, que el Ingenio se fue a territorios que nos son desconocidos, pensamos que en las noches toledanas, volverá a su amado Cigarral. Se sentará junto a los suyos, a sus amigos, cami-

nará a través de la noche toledana, tactando su epidermis fragante a siglos y sabiduría.

Al recordar a Toledo, en este homenaje que rendimos a la memoria de Gregorio Marañón, acuden a nuestro pensamiento las bellas palabras escritas por San Agustín en su "Civitate Dei", Lib. XI. Cap. 28 y que dicen: "Dos ciudades han surgido de dos amores: del amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios, la ciudad terrestre; del amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo, la ciudad celestial".

En Toledo, se ve la ciudad que ha surgido del amor a Dios hasta el desprecio de sí mismo. Toledo es la ciudad presentida. Toledo es la ciudad celestial.